

za por reconocer la capacidad femenina para sobrevivir en un mundo difícil, su influencia para modificar una sociedad áspera y violenta, pero sin dejar de reconocer lo que ya no es ningún descubrimiento: que las doncellas inocentes fueron seducidas por clérigos y laicos, que las esclavas negras y las indias administradas padecieron acoso sexual y malos tratos por parte de sus amos y patrones, que muchas esposas perdieron sus bienes a manos de sus maridos y que fueron muchos más los hombres que golpearon y aun asesinaron a sus esposas que las que los maltrataron a ellos.

Sin olvidar las diferencias entre la América portuguesa y la española, terminamos por reconocer que en ambas, las mujeres emplearon los mismos recursos y se adaptaron a la situación de modo que sobrellevaron las penalidades y suavizaron las relaciones siempre violentas entre los dominadores y los dominados.

Pilar GONZALBO AIZPURU
El Colegio de México

Moisés GONZÁLEZ NAVARRO: *Cristeros y agraristas en Jalisco*.
vol. 2. México: El Colegio de México, 2001, 664 pp. ISBN
968-12-0973-7

En general, las acciones humanas individuales y colectivas que constituyen la historia, presentan al observador, en primera instancia, un aspecto predominante cuya descripción y análisis anteceden a los del resto de las múltiples facetas de que se componen. Quizá esto haya dado origen a una de las más añejas y persistentes críticas a la actividad historiográfica: quienes nos dedicamos a ella estamos condenados, al igual que Sísifo, al eterno intento de llevar la roca del conocimiento histórico hasta un punto culminante sin conseguirlo nunca.

Con esto se pretende negar al conocimiento histórico capacidad acumulativa y se quiere reducir a la historiografía a una simple producción de textos que navegarían, con mayor o menor fortuna, entre las aguas de lo ficticio y lo verdadero, entre el arte literario y la mera descripción. Una brevísima referencia a las vicisitudes que ha enfrentado la construcción del conocimiento acerca de la rebelión cristera, asunto de que trata el libro en cuestión, sería suficiente para contradecir, por lo menos en gran parte, ese argumento y contribuiría a ubicar la obra de Moisés González Navarro en el contexto historiográfico que merece.

Durante varios decenios, sobre los católicos que participaron en la guerra cristera pesó la prohibición expresa, por parte de las autoridades eclesíásticas, de hacer mención pública de esa erupción social. Para asegurarse de que tales órdenes serían observadas, algunos clérigos dispusieron la destrucción de documentos y hasta de archivos completos, como fue el caso del de las Brigadas Femeninas de Santa Juana de Arco, y se clausuró la consulta de los acervos cristeros que quedaron a su cuidado.

Pero además de esa "conjura del silencio", como le llamó el cabecilla cristero Aurelio Acevedo, iniciada por los jerarcas de la Iglesia, la mínima importancia que a la misma rebelión concedió la historiografía oficial, redundó en que los primeros y escasos textos que circularon al respecto fueran más bien libelos dedicados a despertar la compasión por los levantados y el enaltecimiento de los sacerdotes torturados y de los que murieron a consecuencia de la refriega, o bien, a demostrar las poco celestiales intenciones que movían a la jerarquía eclesíástica y a los cristeros por igual, y la necesidad que tenía el Estado de impedir la cristalización de dichas intenciones a costa de lo que fuese. Así, el primer aspecto que se hizo público de la guerra cristera, consiste en un recuento más o menos detallado de las mutuas crueldades que se infligieron las fuerzas públicas y las tropas cristeras.

En el prólogo que aparece en el primer tomo de *Cristeros y agraristas en Jalisco*, el profesor Moisés González Navarro asienta que Alicia Olivera inició, en 1966, la campaña contra la historiografía oficial y Jean Meyer la culminó en 1973. A partir de ese momento, los que se han ocupado de la rebelión cristera no han dejado de demostrarnos que fue mucho más compleja y profunda de lo que inicialmente traslució el enfrentamiento armado entre los católicos y el Estado, y que en él se entreveran elementos insospechados que afectaron, de manera definitiva, áreas de la vida nacional distintas de la económica y la política, cuyo desentrañamiento ha exigido análisis mucho más minuciosos.

Si bien es cierto que a la paulatina construcción del conocimiento acerca de la guerra cristera ha contribuido la apertura de varios archivos en manos de particulares que pudieron mantenerlos a salvo y que, en algunos casos, los cedieron a instituciones públicas o privadas para su conservación y consulta, no menos cierto resulta el hecho de que esto no ha facilitado la tarea de allegarse la información necesaria para continuar con la labor de profundización y diversificación en dicho conocimiento.

Casi coincidiendo con el LXXV aniversario del inicio de esa guerra civil, don Moisés González Navarro nos agasaja con el segundo tomo de *Cristeros y agraristas en Jalisco*, precisamente el que se ocupa del periodo en que se gestó y se dio solución oficial a ese conflicto.

En el ya citado prólogo general de esa obra, don Moisés nos previene de que su libro va más allá de la lucha Iglesia-Estado: "intenta una panorámica de la economía, la sociedad y las mentalidades". Se trata de una obra bulímica, de la que también hay que decir que la voracidad no le causó empacho. Para corroborar esto, habría que empezar por echar una simple ojeada a los repositorios y acervos a que recurrieron el profesor Moisés González Navarro y su reducidísimo equipo de ayudantes para obtener la información de primera mano. Si a esto agregamos las fuentes secundarias consignadas en la bibliografía, nos daremos cuenta de la pasmosa cantidad de información que fue necesario revisar, seleccionar y procesar.

González Navarro ha manejado tan apabullante información, con la habilidad a que nos tiene acostumbrados, y por si esto no fuera suficiente, la lectura de las casi 600 páginas que componen el texto se hace en compañía de una sonrisa constante, provocada por la fina ironía de los comentarios y acotaciones del autor. En ocasiones, la minucia con que se da cuenta de algunas circunstancias en que se produjeron los acontecimientos da al escrito el estilo de un acta de asamblea, de debate en una cámara legislativa y hasta de careo entre un delincuente y su acusador.

De tal suerte, en el segundo tomo de *Cristeros y agraristas en Jalisco*, los rumores, chismes, dimes y diretes encuentran su lugar al lado de información dura, concreta, seria, pero no con el solo propósito de aligerar con anécdotas el tratamiento tan grave que, supuestamente, exige una guerra civil. El conjunto apunta a un objetivo bien determinado: tejer el entramado en el que se imbrican todos los aspectos de la vida socialjalisciense que se vieron afectados por la Revolución y la guerra cristera. Se trata de una visión general que cubre todo el territoriojalisciense, de Los Altos a la costa y de la región norte a la de la Ciénega, sin perder de vista sus relaciones con el centro, ni de poder ni económicas ni culturales.

Se ha repetido en varias ocasiones que Jalisco fue el campo experimental de la acción social católica, impulsada por la encíclica *Rerum Novarum* a partir de 1895 en México. Esto se había aceptado como algo evidente de por sí, pero el libro de Moisés González Navarro expone, mediante un brillante análisis de la vida cotidiana a

lo largo de varias décadas, cómo recibieron los jaliscienses las iniciativas de los grupos clericales y las que provenían del campo revolucionario y podemos advertir con la mayor nitidez hacia dónde se inclinaba la mayoría de los jaliscienses y cuál fue el significado social que adquirieron aquí ambas propuestas de relaciones sociales, políticas, económicas y culturales.

El discurso social traspasa todas las categorías y clasificaciones en que ambos contendientes dividen a los habitantes de Jalisco, siempre con el ánimo de menospreciar y devaluar al contrario. Los argumentos de que más echan mano los católicos van desde la supuesta denuncia de los vicios morales de los integrantes de las instituciones gubernamentales, hasta la extrema ignorancia que demuestran quienes aceptan como benéficos los cambios que pretenden implantar los revolucionarios, en tanto que éstos no cesan de acusar de explotadores, hipócritas y mentirosos a los católicos y hasta de ladrones a los curas.

Ahora bien, una de las definiciones más breves y que más me gusta de interpretar es la que asegura que interpretar es descubrir relaciones entre cosas que aparentemente no la tienen o enriquecer con nuevos vínculos las que ya se habían establecido. Evidentemente, llevar a cabo esta operación es bastante más prolongado —y complicado— que la brevedad del enunciado. De ahí una de las características más señaladas de *Cristeros y agraristas en Jalisco*. Pone en relación todas las categorías del discurso social generado por la oposición entre el catolicismo, por una parte, y el comunismo y socialismo, por la otra. Pero además, revela las prácticas sociales concretas a que dieron lugar ambas corrientes de pensamiento y muestra cómo se reactivan mutuamente cada vez que el adversario parece ir ganando la partida.

Para finalizar, nada más diré que quienes esperan encontrar en este libro, por su volumen, una detallada descripción de las batallas entre cristeros y agraristas motivadas por la tenencia de la tierra y de las mutuas crueldades que cometieron unos contra los otros, se sentirán gratamente defraudados, pues en cambio se verán ante la exposición de la amplísima gama de las distintas posiciones que adoptaron los diferentes grupos sociales ante dos formas de concebir el impulso del país hacia el progreso, dos proyectos de nación paralelos y opuestos.

Agustín VACA GARCÍA
El Colegio de Jalisco
Instituto Nacional de Antropología e Historia